Estimado editor dos puntos

Me dicen que cuando uno se dirige a un editor, tiene delante a un hombre de negocios y que, en consecuencia, hay que hablarle en términos de rentabilidad. Pues bien, como desconocedor del sector, le planteo un negocio redondo. Hay ocho mil pueblos en el país. Esta es la parte redondeada. En cada uno hay un loco de la toponimia. Este dato es fácilmente contrastable con un rápido muestreo en la red. Ahora viene la parte difícil. La humanidad tiene su talón de Aquiles en el ombligo. Es una malformación que produce sordera. Uno podría desgañitarse tratando de contar las maravillosas e inesperadas historias que ocultan las montañas, que los tímpanos ajenos parecerán ausentes: solo despiertan cuando se habla de lo suyo. Somos animales sociales, pero el prójimo está en extinción. Adaptándolo a lo que nos interesa, a lo nuestro, vamos: para cazar al *homo toponímicus*, hay que hablarle de su pueblo, de sus montañas, de su más querido ombligo geográfico. Es un cebo irresistible que muerde con voracidad. Y aquí viene la parte más discutible: tengo la fórmula infalible.

Yo me consideraba, dentro de las rarezas que voy conociendo, una persona con una vida normalizada. No sabía que yo era uno de ellos. Incluso hoy, tras once años de metamorfosis, me resisto a verme como un aficionado a la toponimia. Lo mío, diría, no es una vocación frustrada ni un intento de emular a los profesionales (o eso creo). Tampoco encuentro el amor del amante *amateur* por los nombres de lugar. Lo mío, me parece, no está diagnosticado. Sucede que cuando me cruzo con un nombre oscuro e intrigante, sin significado, pero con una sonoridad extraña, se me forma un pequeño nubarrón mental que no desaparece. Buscar una respuesta solo lo hace crecer. El ladrillo encuadernado que usted sostiene ahora mismo ha sido la torrencial terapia para sacar fuera de mi esa sed.

Bajo la apariencia de negocio se esconde una petición. Los nombres tienen vida propia, y se han confabulado para ponerme a su servicio. No lo advertí hasta que ya fue demasiado tarde. Sonará a excusa extravagante o una forma de darse importancia como médium. Seguramente yo sea el responsable de todo, no lo descarto, pero el caso es que hace tiempo que necesito ponerle fin. La criatura no para de crecer. Otorgarles a los nombres el poder de tomar las riendas fue un error. Solo veo una salida: quitarles

lo que les di, la vida. Al convertirlos en papel, confío, quedarán inmóviles, como grabados en piedra y cesará su demanda de atención. Tengo puestas todas las esperanzas en que sea suficiente para poder pasar página al fin.

Entiendo que esta es la parte humanitaria de su profesión. Pero es una decisión complicada, porque, por salvar un alma se ponen en peligro muchas otras: todas las de los inocentes lectores. Se los expone a ideas que cuestionan las que están bien asentadas entre la mayoría de expertos. Pero, precisamente, este aspecto es el más útil de este aspirante a libro. El lector trata de igual a igual al autor, porque entre ellos no se interpone ningún título o cátedra. Tampoco los separa ninguna clase magistral. Quitándoles solemnidad y poniéndonos cómodos, estas páginas se convierten en el mejor gimnasio para ejercitar el músculo de la crítica. Es una oportunidad para obligarse a decidir qué idea comprar, cual rechazar y qué decisión posponer, sin que ningún aura de autoridad ni ningún pedestal interfiera en el ejercicio. En estos tiempos de inteligencia artificial en los que se está decidiendo qué lado de la correa nos corresponde, es buena idea poner a punto la que nos viene de serie.

De repente, la tribu del *homo toponímicus*, los ocho mil locos, se quedan cortos como previsión. Todo el que no ha sido picado todavía por el mosquito de los topónimos tiene la oportunidad de descubrir este mundo, sin fiebres, sin prejuicios y desde una barrera desapasionada que facilita ejercitar el juicio. También puede incorporarse el gremio de los intrigados, el de los curiosos que ven la oportunidad de asistir, desde la barrera, al espectáculo del diletante lidiando con miuras que no ve venir. Pero a todas estas inocentes personas puede sucederles lo imprevisto: que queden infectadas. Los nombres permanecen atentos, agazapados, esperando el momento clave para recordarles, para echarles en cara, una pregunta añeja y olvidada. Hay nombres de lugar que están llamados a despertar a algunas personas, casi diríamos elegidas. Algún nombre enterrado, olvidado, podría ser redescubierto y transportar al incauto a una edad en la que la inocencia permanecía intacta. Simplemente puede suceder.

Lo infalible del negocio se basa en una cualidad muy humana: todos somos a la vez especiales e iguales. Los nombres de lugar, como obra humana, tienen también esa doble cara. Puede haber dos topónimos idénticos, que en algo siempre se diferenciarán y los hará sentir únicos. Pero lo que nos interesa es que hay dos iguales, que se repiten. Que en tu pueblo y en el mío

hay dos lugares con el mismo nombre. Que desvelar los secretos del mío le sirven al tuyo. Porque son iguales. Los topónimos extienden una red tupida de semejantes que acaba por unir a dos personas cualesquiera. Podemos hablarle al aficionado a la toponimia o a quienes ejercitan el espíritu crítico con enigmas y misterios. Al filólogo intrigado por los puntos de vista no académicos o a quien tiene en la historia el referente con el que interpretar el mundo. A cualquiera podemos hablarle de su pueblo, pero desde el nuestro. Desde una comarca concreta se podría estar hablando a todo el país: Barcelona, Madrid, Valencia, Brasil son topónimos… asturianos. Valgan otros ejemplos: Andorra está en Teruel; Caramanchel, en Alcoi; Talamanca, en Madrid o Barcelona. Pero para equivocarse, mejor acabar en la playa ibicenca de Talamanca. E igualmente, para plan, el de Bolonia, pero en la playa de Tarifa.

El anzuelo que yo mordí fue el clásico. Todo el mundo pica con el nombre de su pueblo. Puede ser un entretenido pasatiempo, pero, al menor descuido, se convierte en una bola de nieve. Porque unos nombres llevan a otros. Sin querer hemos acabado aportando una radical solución etimológica a los pueblos y ciudades vecinos: Aspe, Monòver, Agost, Elda, Petrer, Sax. También las menos vecinas Alicante, Xixona, Almansa, Xàtiva y Calpe. Yo creía que solo me estaba adentrando en el mundo de la toponimia, pero las montañas se hicieron con el control. Son ellas las que nos llevaron hasta esas ciudades y las que nos enseñaron a mirar los nombres de lugar de otro modo, porque, tras los nombres de estas ciudades, casi siempre se oculta el de una montaña, la más querida o la más ignorada. Son las montañas las que nos desafían y se atreven a mostrarnos los problemas no resueltos de la historia de las lenguas.

El Maigmó resurge en Almería, en Castellón, en Extremadura. La virgen madrileña podría buscar su reflejo en una montaña alicantina. Aitana es un nombre de mujer tomado de una montaña que, a su vez, podría haberlo tomado de una vieja y sagrada mujer. ¿Hasta qué punto son casualidades las coincidencias que nos proponen las montañas? Las cortantes peñas que desgarran la tierra, el modo en el que una montaña se reclina sobre el horizonte, el dibujo que se forma al plegarse una ladera, la geometría con la que se yerguen sus cumbres: algo parecen decirnos. Las montañas se repiten, y lo hacen emparejando nombres oscuros con significativas formas. Nos proponen un sutil juego de adivinanzas visuales, no muy diferente a

como buscamos ociosamente animales u objetos entre las nubes. Es el modo que hemos encontrado para aproximarnos a este mundo difícil e insondable de la toponimia, del misterio de sus nombres. Montañas que iluminan palabras y palabras que iluminan montañas. Y montañas que nos descubren otras montañas. Ellas nos muestran el camino y un mundo perdido. Y nos aproximan a un presentimiento: que todavía queda en ellas algún rastro de nuestros antepasados.

La red que ensancha y multiplica nuestra comarca es la que permite pensar en Aspe, pero hablar, mucho más al norte, de Aspa, Nonaspe o Caspe. La que nos lleva de Monòver a Mallorca, de Agost a Murcia, de Petrer a los Alpes, o de Calpe a Turquía. La comarca se refleja en todas las regiones de este país, pero con un punto de vista transfronterizo. Novelda juguetea con la tierra de Alfred Nobel. ¿Ingenuas golosinas o verdades mimetizadas, listas para cortar la respiración o la risa? Decenas de *noveldas* agazapadas en los mapas, en partidas, en aldeas invisibles, en fuentes y barrancos de todo el país dibujan un mapa que es un mensaje en sí mismo. ¿Cómo explicar lo que vemos? Las montañas nos dicen que hay que buscar en el norte de Europa para encontrar una respuesta. ¿No es una locura hacerles caso?

Hay algo hipnótico en el discreto modo en el que se insinúan las montañas. Exigen sutileza, pero nos provocan con revelaciones trascendentes. Siembran nuestra senda de pequeñas epifanías que nos empujan a seguir. Los lugares se cargan con un aura de mensajero y nos conducen hasta palabras en las que no habríamos reparado (¿de dónde proceden barril y barrica, o cencerro y becerro?), o hasta otros lugares en los que insisten de un modo obsesivo (¿qué se nos habrá perdido en el Montsec o en la sierra de Tramuntana?). Hay lugares que logran casi convencernos de que son señales. La más fascinante la tengo enmarcada en el salón. Es la fotografía de un amanecer. Un prodigioso amanecer en el que el disco solar parece emerger de la cima cónica de una montaña, que, además, roza el horizonte marino. Está hecha desde la otra cima de la misma montaña. Es una montaña con dos cimas que ha ocultado durante milenios un secreto geográfico a la vista de todos: que sus cimas están orientadas. Lo que le da un significado especial a la excepcional alineación es que la fotografía está hecha en el amanecer del equinoccio, el día del año en el que el sol sale justo por el este. En mi historia personal tiene un valor adicional: lo que me hizo ascender de noche para asistir al espectáculo fue su nombre. Un nombre

de inofensivo aspecto romance, pero con la radical cualidad de apuntalar, apelando a lo más sagrado de las montañas, la solución más transgresora con la que el nombre de mi pueblo comienza este desafío.

Al final, las montañas me condujeron hasta la más cotidiana de todas, la que veía siendo joven desde mi habitación, la que siempre me proponía una pausa para su contemplación durante el ocaso. Esa montaña que devoraba el sol entre sus dos cumbres ofreció su testimonio para darme la razón justo cuando el viaje parecía acabado. Si había dudas, algo parecía querer disiparlas: desde el Báltico, el nombre de la montaña cobraba sentido, pero el de mi pueblo también. Y ante una corroboración tan espectacular es muy difícil no rendirse. Esa montaña tan especial sigue hablándome: me dice que no pasa nada por empezar un periplo de montaña en montaña por un pueblo. Que lo importante es que su nombre nos descubre que la prehistoria de las lenguas de Europa, por más que la prodigiosas genética y paleogenética parezcan haber dado la última palabra, debe esperar a escuchar el testimonio de sus montañas.

El ejercicio de crítica ya puede empezar. ¿Será un libro de no ficción como pretende su autor? ¿O tanto punto de vista transgresor encajará mejor en la sección de ficción? El camino hacia el origen de las palabras y de los nombres de lugar está repleto de gratuitas coincidencias. Están de saldo y permiten construir un relato interesado. Son discretas pero peligrosas trampas. ¿Cómo tomar en serio que diversas lenguas europeas, lenguas que no deberían estar por aquí, traduzcan nuestras montañas creando el objeto o la idea que encontrábamos en ellas? Lo sensato sería esperar a contar con la aprobación de lingüistas o arqueólogos, pero se pierde una oportunidad: que el debate se alimente de otros ejemplares, de los casos que asalten la mente del lector. Aquí la cosa se pone interesante y el interés podría ser mutuo, pues si las ideas resisten la réplica académica, traspasaríamos las fronteras y los ocho mil pueblos se nos quedarían cortos. ¿Le va bien al balance? Hay que enfriarse. La megalomanía no es buena consejera ni para negocios ni para libros, así que sería mejor no correr tanto y pensárselo dos veces. Esa es la segunda utilidad de este libro: estimular la crítica del lector es una loable misión, pero ¿no será mejor empezar por la propia?

En definitiva, yo no sé de negocios. Tampoco de libros. Y quizás le sorprenda una última confesión: después de tantos esfuerzos y quebraderos de cabeza, tampoco sé mucho de topónimos. Y por qué le cuento todo esto a usted,

se preguntará. Quizás necesite su mirada experta. Escribir sin ser escritor puede delatar una pretenciosa actitud, pero, al mismo tiempo, escribir es el único camino que he encontrado para terminar de comprender una idea: al tratar de contarla se descubren valiosos matices. Nunca se sabe qué parte hay de vanidad y qué parte de sincera voluntad de compartir en la pretensión de publicar, pero una idea novedosa que no se publica de algún modo queda como inconclusa. Publicar en una editorial competente es una forma de pasar un examen, de que alguien valore la idea y decida si es una idea útil para la sociedad: porque es la parte social la que sostiene a las empresas. Saber que uno puede ser útil es un buen tratamiento para sanar de los otros defectos. Pero mientras se alinean los planetas, mientras ideas y rentabilidades se miden, podemos aportar nuestro personal balance económico de esta locura elevada a apuesta: es un negocio redondo, tan redondo como un cero. Sin embargo, es al final del camino cuando uno comprende que las cosas no se hacen porque sean rentables sino porque son necesarias. Es una enseñanza que no es propia, pero que, tras la experiencia de haber sido dominado por una pulsión, cobra un especial sentido a las puertas de sentirse liberado.

Esta peculiar carta incrustada en las primeras páginas de un libro aún por nacer se va forjando frase a frase como un prólogo con forma de carta en busca de su lector. Tuve una corazonada. Por un momento soñé que encontraría editor con una sola carta, que no sería necesaria ninguna más después de ésta. Es una intuición que me delata con la tarea pendiente de aterrizar, pero es la última apuesta: me la juego a una carta. Hay dos caminos: llamar a mil puertas para que un libro que no es fácil encuentre al raro editor que se decida a perder o conocerle en persona para que su no sea más provechoso y menos digital. Menos píxeles y más *cafeses*. Hasta pronto.

San Vicente del Raspeig, mayo de 2023

Juanjo Martínez
martinez.juanjose@outlook.es

Postdata. Septiembre 2024. He preferido esperar a tenerlo todo. Hay un segundo viaje. Es el segundo ejemplar que acompaña a este. Aunque pueden ser independientes, es la consecuencia, el camino que sigue:

hasta donde pude llegar. Lo pretendí más breve pero no pudo ser. Puse mi empeño en aligerarlo, pero no sé si logra alzar el vuelo. Lo que sigue sorprendiéndome es que tirando del hilo del nombre de un pueblo podamos acabar asomados a una cuestión tan universal y profunda como la de nuestros orígenes. Y llegar tan lejos tiene la recompensa de poder entender qué les sucede a nuestras montañas y hacer un poco menos extraño el mundo que proponen. Confío en que sepa apreciar su inesperado y transgresor desenlace. Gracias de todas formas por su tiempo.